
UNA VISITA AL COLEGIO DE FRANCIA

ERNESTO RENAN

Julio Lemaitre, uno de los más espirituales, y quizá el más simpático de los críticos de París, empezó su carrera con una apasionada diatriba contra Renan.

Si el motivo de esta enemiga hubiese sido religioso, probablemente Lemaitre continuaría hoy en la misma actitud. Afortunadamente, lo que indignaba entonces al futuro autor de las *Impressions de théâtre*, era la filosofía optimista y bonachona del maestro; y sabido es que los libros y los escritores de filosofía, cuando «llevan algo dentro», como Chenier, son á la manera del *Fausto*: textos vivos, cuya expresión y cuyo lenguaje cambian á medida que aumenta la edad, y con la edad la experiencia y la reflexión del que lee.

Parece, en efecto, que así ocurre con todos

los grandes escritores. De Rousseau, al menos, lo confiesan todos los que van á él con espíritu abierto y respetuoso. El *Emilio* suele producir tres impresiones sucesivas y diferentes. La primera es de asombro; la segunda, una vez que se conoce á Locke y á los demás autores en que bebió aquel la primera inspiración de sus doctrinas, es casi de menosprecio; por fin, viene la reacción, y se concede al libro el puesto que legítimamente le corresponde en el mundo del talento y de la iniciativa.

Lo propio le sucedió á Lemaitre con Renan; y es que, á pesar de todo lo anacrónico que resulta en estos tiempos el optimismo, y aún por encima de las protestas que los sentimientos tradicionales y el rigor científico juntamente levantan contra el *clair de lune* novelesco y romántico de la *Vida de Jesús*, el genio simpático y dulce, la elocuencia noble y profunda, la frase hermosa y cultivada y el espíritu generoso y cristiano de Renan, se imponen y avasallan á todos los que, despojados de las iras y pasiones que azotan al mundo, se deleitan en la libre comunicación de las almas que piensan alto, sin preguntarles de dónde vienen, ni á dónde van á parar sus doctrinas.

Aun sin que esto suceda, en el espíritu más vulgar hay, respecto del autor de la *Vida de Jesús*, la curiosidad histórica, la que busca al causante del gran escándalo de nuestra época,

para decir con satisfacción irreverente: «¡Yo lo he visto!»

Esta curiosidad hacia la persona física, tiene también su explicación honrada. Para quien ha leído y conoce á fondo la biografía de Renan, y recuerda las grandes luchas de su juventud y aquellas peleas del Colegio de Francia (la figura enérgica de Gambetta, defendiendo al profesor en medio de los aullidos del populacho), es inmediato el deseo de contemplar cara á cara al hombre que supo afrontar la impopularidad injusta y maliciosa de sus oyentes, y el odio feroz de media humanidad cristiana. Esta curiosidad, es la que guía á muchos que aún son enemigos de Renan. El aspecto batallador y rebelde de su vida es el que ha quedado como característico de su figura; y merced á esa persistencia que tienen las imágenes-tipos en la conciencia popular, á despecho del transcurso del tiempo, la mayor parte de los que visitan la clase actual de *Lenguas semitas* del Colegio de Francia, buscan en ella al Renan de 1862.

*
*
*

Quando por primera vez, hace ocho meses, en una mañana tibia y lluviosa de Mayo, llegué yo ante el Colegio, muchos recuerdos

de lecturas y de nombres ilustres se agolparon en mi memoria. A la puerta, como señalando el ideal de los tiempos nuevos, surge la estatua severa y expresiva de Claudio Bernard, uno de los nombres que no se borrarán nunca. Detrás, se abre el patio gris, silencioso, moteado, de hierba; donde una ó dos veces por semana se oye el paso, ora ligero, ora indeciso y torpe, de Oppert, de Bréal, de Maspero, de Gaston París...

Las clases son pequeñas casi todas, y el auditorio no suele llenarlas, de ordinario. La de Renan es de las menos espaciosas. Una gran mesa ocupa su centro, en sentido longitudinal; y al extremo, enfrente de la puerta, está el sillón del profesor.

El auditorio se divide en dos grupos: los asiduos, los que trabajan, á quienes se reserva la mesa para tomar notas y consultar los ejemplares de la Biblia, ó del libro que se comenta; y el público vago, el que cambia incesantemente, sentado en sillas á lo largo de los muros, ó de pie, cuando ya se han agotado los asientos. La mitad de este segundo grupo de oyentes lo constituyen señoras, algunas abonadas á todas las clases del Colegio, otras forasteras, inglesas sobre todo, viejas y jóvenes. De vez en cuando, entra algún estudiante de la vecina Sorbona, deseoso de solazar el espíritu con la sátira fina y verbosa del profesor.

Los rezagados no suelen encontrar siti

Media hora antes de empezar la clase, está todo lleno, ó poco falta: incluso en el mes de Mayo, cuando las dos de la tarde resulta hora fatigosa, y más propensa al sueño que al estudio, si aprieta el sol.

Basta una ojeada para conocer á los nuevos, á los que van por vez primera. Hay siempre algo de ansiedad en sus miradas, de agitación nerviosa en sus cuerpos. Hablan poco, en voz muy baja, y atentos al menor ruido de la puercecilla por donde ha de entrar el maestro.

**

Por fin llega, casi arrastrando los piés, y apoyado en el brazo del *apparitore*. Ese es Renan. Un anciano de cara dulce, de ojillos pequeños que interrogan curiosamente, grueso, un poco encorvado, envuelto en holgada levita, cuyo cuello rozan las puntas de una melena blanca y escasa. Suenan un aplauso. El anciano saluda y sonríe. Se sienta. Empieza la lección.

¿Y ese es Renan? En los primeros momentos, difícilmente se reconocería en él al gran agitador de los espíritus. Lee pausadamente el texto bíblico, lo traduce, y explica sus palabras en tono familiar, como un padre explicaría á sus hijos, de sobremesa, la comedia re-

cién estrenada en *Variétés*. Su frase es sencilla, desnuda en absoluto de toda pretensión, muy concreta al asunto. De vez en cuando, asoma la *vis* céltica, acompañada de una leve contracción de los labios y un chispear vivo y menudo de los ojos. Renan es el primero en reír de sus gracias. Se ve que las dice porque le rebotan de adentro; porque el buen humor le revienta en los labios; porque su alegría serena, y el optimismo de la vida, le convidan á mezclar la ciencia con el *humour*, que también suele ser ciencia, solo que es ciencia negativa. —Muchas veces, la crítica no puede hacerse más que con la sátira.

El auditorio ríe también discretamente y su risa parece reflejarse en la cara del profesor, ancha, senil, enteramente afeitada, como la de un fraile.

Y el oyente recién venido continua preguntándose: —¿Pero es ese *aquel* Renan?... Evócase entonces la juventud del gran escritor, su encierro en el Colegio de San Sulpicio, su aprendizaje clerical. Todo su aspecto revela á un fraile; un fraile erudito y malicioso del siglo pasado, ribeteado de filosofismo. La sonrisita, la mirada escrutadora, parecen confirmarlo.

* * *

Pero la imaginación se rebela y busca el tipo heróico. ¿Cómo habrá sido de joven ese

hombre? ¿Qué gesto tendría cuando desafiaba desde la cátedra, ó en la calle, el rencor de tanto enemigo? ¿Se habrá borrado para siempre aquel gesto, de esa cara blanda y suave? ¿Quién podrá comprender sin él á Renan?

Y seguís mirando, mirando; hasta que de pronto, sin dejar la lijera sonrisa de la boca, el gesto os aparece y veís brillar en los ojos del maestro luz intensa y chispeante, que á un tiempo desafía y penetra. ¡Allí está! Por rápido que sea, por mucho que los años y la paz de ahora lo mitiguen, basta un momento para que os diga todo lo que queráis saber. La figura de Renan está completa.

Leed enseguida uno de sus libros, cualquiera de sus discursos, por ejemplo, el prólogo de su obra *de jeunesse*, *L'Avenir de la science*, y comprendereis entonces que, por encima de sus opiniones históricas y religiosas, de sus luchas mundanas y profesionales, hay algo en Renan que vale sobre toda su vida externa y sobre todos sus triunfos, incluso el de estilista, que lo ha elevado ya en Francia á la categoría de clásico. Ese algo, es lo más íntimo de su pensamiento y de su ciencia; no son las opiniones ni las afirmaciones rotundas y radicales; es el *tono* de sus ideas, es el soplo de humanidad de sus sentimientos, es la existencia robusta, elevada, de una inteligencia que consuela y

anima, con la misma voz que, accidentalmente, ha desesperado á muchos.

Y de este modo, cuando habeis reconstruido la personalidad de Renan, después de una visita á su clase y de una lectura de sus libros, os explicais perfectamente la retractación de Lemaitre, y la posibilidad de que, aún rechazando sus doctrinas, llegéis á amarle como á un gran maestro.

1891.

LA SORBONA POR DENTRO

LAS CLASES PÚBLICAS

Aún resonaba en mi oído el rumor sordo y continuado de la multitud, escuchado la tarde anterior en el *vernissage* del Campo de Marte, cuando entré en el patio silencioso y severo de la vieja Sorbona.

El cielo amenazaba lluvia, y daba apenas una luz cernida, gris, melancólica, á los muros negruzcos y frios, cuya larga sombra caía sobre el empedrado, hasta tocar la puertecilla por donde se sube á la *Escuela de estudios superiores*.

Me detuve un momento, impresionado por el contraste, por la desilusión que, á primera vista, me produjo un movimiento de disgusto. No podía librarme de los recuerdos de la tar-